

Núm. 47

Precio: 20 céntos.

# Tierra y Libertad

REDACCION  
Y ADMINISTRACION.  
Unión, 7 - Teléf. 23658  
BARCELONA

Problemas de la Revolución

## LA HORA DEL TRABAJO

Ha visto el pueblo que no desconocemos las exigencias del momento. Después de la instauración de la República, dijimos nuestro pensamiento y pusimos en marcha lo que podía liberar al proletariado de la subsistente esclavitud y de los nuevos peligros llegados con las fuerzas que tomaron a su cargo la dirección del Estado. Basados en experiencias dolorosas pero alucinadoras, que hemos escrito con nuestra sangre y llevado adelante sacrificando la libertad y la vida de millares de camaradas, ofrecimos antes que nadie la solución revolucionaria que se imponía por las características de las tendencias en que se habían polarizado las masas obreras. Propusimos una acción conjunta revolucionaria sobre la base del respeto al pacto antes y después de la revolución, de la libertad de organización para cada zona de España y de la coordinación de la economía nacional post-revolucionaria.

Con plena confianza en las determinaciones del pueblo productor liberado del dominio capitalista, planteamos la necesidad de respetar los acuerdos tomados directamente por los pobladores de las diferentes regiones de la Península. En la certidumbre de que en el estado actual de las condiciones y necesidades de la producción, el consumo y el intercambio, la revolución saldría triunfante solamente si se tomaba en cuenta el conjunto de las fuentes de materias primas, tierras, industrias, medios de transporte, el total de medios técnicos y de elementos aplicables en el desarrollo de la nueva economía socializada, nos pronunciamos por la coordinación, por el acuerdo permanente entre las regiones, aunque hubieran establecido diferentes sistemas políticos de convivencia.

Del estudio de las condiciones económicas creadas por una revolución en la más difícil de las situaciones, durante un bloqueo, han surgido soluciones claras que podrían resolver los variados problemas que sin duda se presentarían. Y revisando las diversas soluciones propuestas para asegurar el éxito de la revolución frente a las cuestiones del alimento, el vestido, la vivienda, el transporte, la sustitución de productos escasos o de importación, el aprovechamiento de la energía para fuerza motriz, etc., etc., no se encontrará ninguna que dé por cierto que de golpe disminuirá el esfuerzo, se reducirá la jornada de labor, habrá un satisfactorio descenso de la contribución del brazo y la inteligencia en el trabajo. En el trabajo consciente, en la responsable actividad de los productores, obreros, campesinos, técnicos, hombres de ciencia, entregados a la causa de la revolución, depositamos la mayor confianza para salir de las dificultades de la etapa inicial de la reconstrucción.

Como deber primario para todos los individuos aptos de la nueva sociedad hemos preconizado el trabajo. Siendo la producción destinada a satisfacer las necesidades de todos, no estando al servicio de una minoría explotadora o de una casta dominante, cada cual tendría el mayor interés en rendir sus máximos esfuerzos. La dignificación del esfuerzo era algo consubstancial de la revolución triunfante. En la historia del proletariado se ha hablado mucho respecto a la liberación del trabajo humano. De ese trabajo y de la técnica moderna puestos al servicio de la colectividad saldrían las continuas conquistas que aumentarían el bienestar y embellecerían la vida.

Se ha confundido, como se han confundido tantas cosas de nuestro ideario y de nuestros métodos de acción, el problema. Al afirmar en la crítica a la ordenación capitalista que el trabajo era la esclavitud, no se ha querido nunca significar que debíamos convertirnos ni antes ni después de la revolución en haraganes. Al sostener que los progresos de la técnica en la industria y en la agricultura permitirían reducir a la mitad las horas de labor útil de cada uno, no se ha pretendido jamás que hecha la revolución, tomado el manejo de los medios de producir y puestos todos a la obra reconstructiva, de la noche a la mañana estaría resuelto el problema y trabajarían las herramientas pocas y agradables horas. No. Hemos insistido sobre lo laborioso del parto en que habría de nacer el mundo nuevo.

Todavía no hemos triunfado en la revolución. No podemos decir que estamos en el período especial de un pueblo que — aun bloqueado por todo el mundo capitalista — edifica en paz su organismo social sobre bases socialistas y libertarias. Estamos, por el contrario, en plena guerra interior, contra fuerzas alimentadas por el fascismo internacional, contra ejércitos modernamente provistos, contra los enormes impedimentos derivados de esa lucha. Estamos en la revolución, pero en una revolución entrelazada hasta su victoria o su derrota con la suerte de la guerra misma, como el triunfo de la guerra está ligado al de la revolución. Y a pesar de ello, la confusión a que nos referimos ya ha engendrado lamentables y peligrosos hechos que estamos en la obligación de hacer cesar.

Es la hora del afiebrado trabajo, del esfuerzo llevado a sus extremos de óptimo rendimiento. De ese trabajo depende la suerte de la guerra y la suerte de la revolución. No hemos golpeado con la varita mágica al engranaje económico, para que nos resolviera, con nuestra pasiva abstención, los urgentísimos y vitales asuntos del momento. Ni es permitido suponer que mientras en los frentes de guerra nuestros camaradas están librando terribles batallas, pasando todas las penurias y jugando la vida a cada instante, la gran masa popular ha de perder el sentido de las cosas, desconociendo que está viviendo una época decisiva, difícil, que reclama sacrificios de todo el mundo. Si es falso de toda falsedad suponer que una revolución social puede prosperar sin el esfuerzo abnegado del pueblo que abatirá al capitalismo, absurdo, más que absurdo suicida, es permanecer tranquilamente como antes de la guerra o disminuir la jornada de labor en los momentos presentes.

No desconocemos que existe un espíritu revolucionario en nuestro pueblo que lo ha llevado a detener el golpe de la canalla fascista. Pero la realidad nos demuestra que la tensión se ha ido agotando con el correr de los días y se va perdiendo de vista que estamos ante peligros mayúsculos y que en nuestras manos está el salvarlos, el eliminarlos.

Quisiéramos que cada uno de nuestros obreros, cada una de nuestras mujeres, concentraran en su pensamiento el cuadro de la lucha gigantesca que estamos librando. Que éstos que manejan una máquina, aquellos que ocupan un cargo en cualquier comité, que estas mujeres y estos hombres que se quejan de las dificultades en el abastecimiento, que se quejan a pesar de no haber llegado a sufrir los efectos del hambre, recordaran, en cada lugar y en cada segundo el heroísmo de nuestros milicianos, la abnegación de los camaradas que ni duermen ni comen, agotando todas sus fuerzas en beneficio de la victoria, de la revolución.

La visión del hombre de los frentes, que no mira el reloj ni piensa en la vida que ya mismo puede segar un dinamitazo, que vive azotado por

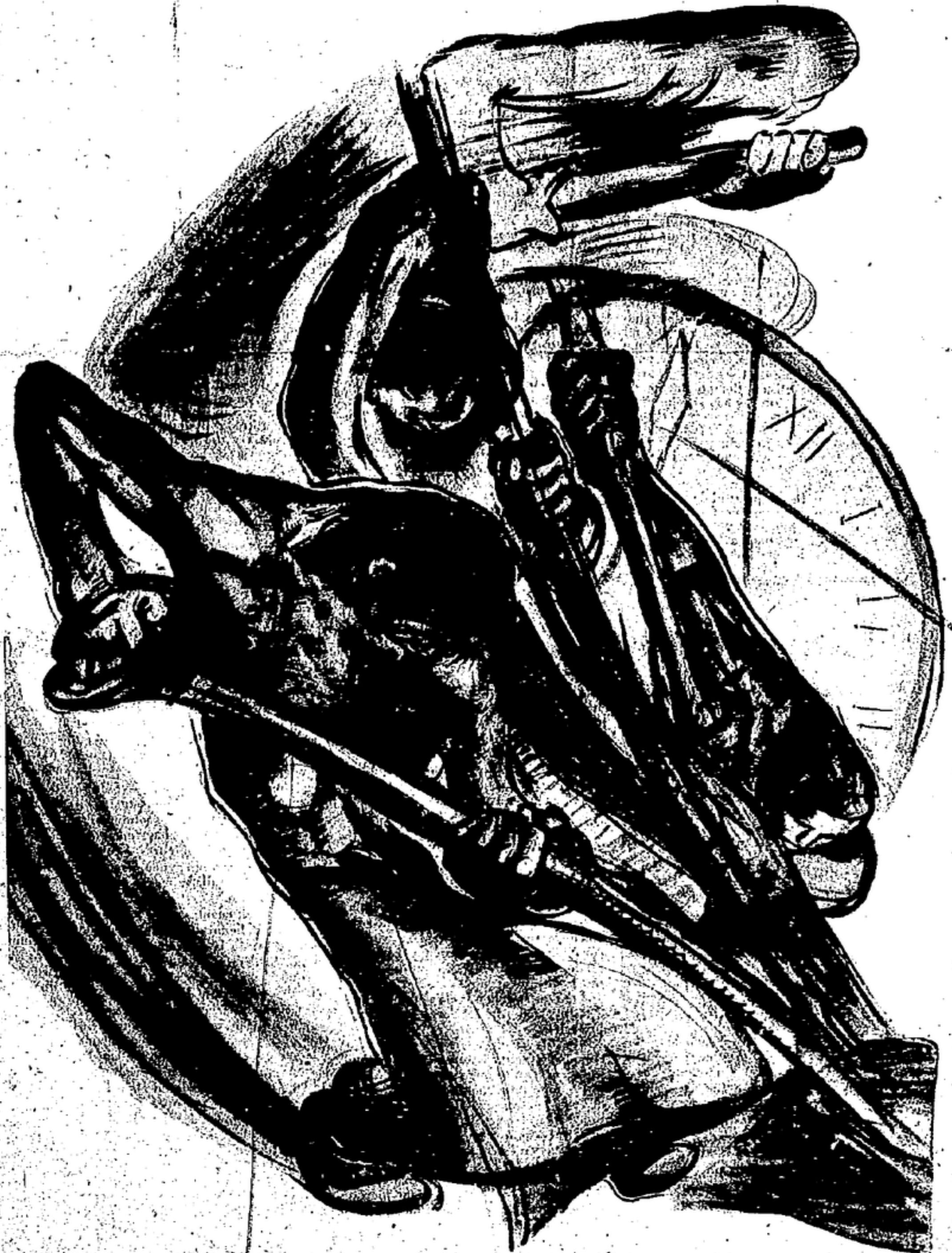
el frío, chapaleando en el barro, envuelto en la nieve, con el alma y la inteligencia puestas en el arpa que maneja, en la manobra que realiza, obsesionado por una sola idea: triunfar, para que la revolución triunfe, para que todos triunfemos con ella; la visión de la guerra, de la terrible y epopéyica guerra por la libertad, ha de estar ante los ojos de todos. En el taller, en la calle, en el hogar, en el sindicato, de día y de noche.

Vamos a ser libres, pero a costa de grandes sacrificios. Peñari hoy en la balanza que decide nuestra victoria los hombres y las mujeres conscientes. Los que se impregnan de la moral revolucionaria, los que están movilizados para la causa, los que sinceramente aportan su esfuerzo, los que dan el ejemplo en el

trabajo, en la tenacidad, en la abnegación. Los otros, los que escapan a la corriente impetuosa de una hora trascendental para la humanidad, los fríos, los apáticos, los egoístas, los que tienen la desvergüenza de crearse comodidades y aprovechar en el río revuelto de las dificultades de la vida diaria, ésos son el lastre, el peso muerto que todas las revoluciones han tenido que suprimir.

Vamos a la victoria. A condición de ser comprensivos de la gravedad de la hora. Siempre que depuremos sin tardanza la retaguardia. Trabajando con todas nuestras fuerzas. Siendo aquí y ya mismo dignos de la misión que la historia nos confía.

J. MAGUID



Para los forjadores de la nueva sociedad, para los luchadores de la retaguardia, encarados al momento y al futuro libertario, como los luchadores del frente no se medirá ya el tiempo con un reloj y si por los propios afanes e inquietudes y por las necesidades de la Revolución. La medida del tiempo desapareció cuando desapareció el burgués, cuando de nuestro trabajo vivían los parásitos que eliminamos. Cuando el trabajo no era liberación.